

El bienestar psicológico del Sacerdote en la Tercera Edad*

Alvaro Jiménez Cadena, S.J.

I. La Situación Humana de los Sacerdotes en la Tercera Edad

Juan Pablo II destacaba varios puntos que a la Santa Sede le merecían una especial atención, al dirigir un mensaje sobre *Los derechos y el papel de los ancianos en la sociedad actual*, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, celebrada en Viena en Agosto de 1982¹. El Papa insistía en la atención prestada a las personas ancianas en cuanto tales y a la calidad de su vida hoy; al respeto de su derecho a permanecer siendo miembros activos de una sociedad a cuya construcción han contribuido; la voluntad de promover una organización social en la que cada generación pueda aportar su contribución unida a las otras generaciones. Finalmente hacía el Papa una llamada a la creatividad de cada ambiente socio-cultural, de manera que puedan encontrarse en él respuestas satisfactorias para mantener a los ancianos en las actividades que corresponden a su gran diversidad de origen y educación, capacidades y de experiencia, de cultura y creencias.

De esta situación que describe el Papa al hablar de los ancianos en general, no escapan los sacerdotes del mundo entero, como acertadamente lo hicieron notar para Colombia los participantes en el *Seminario sobre Pastoral Sacerdotal de la Tercera Edad*, convocado por el Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano (Departamento de Ministerios Jerárquicos), que se reunió en Bogotá el 4 y 5 de mayo de 1984². El grupo de expertos reunidos concluyó que la situación humana del grupo de sacerdotes de la tercera edad es en Colombia muy variada: existe un grupo grande de sacerdotes ancianos que trabaja; naturalmente este grupo de presbíteros, empleados ministerialmente, es el que está en mejor situación. No faltan algunos a quienes pudiéramos calificar de "sub-empleados". Finalmente hay otros que ya no pueden trabajar y de ellos sólo un pequeño número está más o menos atendido; mientras que otros se hallan desprotegidos; estos últimos son los que están en la peor situación, sobre todo cuando se trata de inválidos.

* Ponencia presentada en el Encuentro del CELAM sobre: *Bienestar Humano y Seguridad Social del Clero en América Latina*, Bogotá, marzo 25 a 29 de 1985.

¹ Juan Pablo II, *Los derechos y el papel, de los ancianos en la sociedad actual*. (Mensaje a la Asamblea Mundial de la ONU celebrada en Viena Julio 22, 1982). *L' Osservatore Romano*, Agosto 22 de 1982, 1-8.

² Jiménez, A., S.J. "Un Anciano puede vivir feliz: Las Necesidades Psicológicas del Anciano", *Vida Espiritual*, 1979, 63, 9-13.

Entre los sacerdotes mayores, los problemas principales anotados fueron: la falta de motivación del mismo sacerdote para ayudarse y dejarse ayudar; su inseguridad ante el futuro; los sentimientos de soledad y abandono; el impacto causado por la transición eclesial y la evolución rápida de la sociedad; la inestabilidad psicológica; la dificultad para disfrutar de una verdadera convivencia. Naturalmente un problema fundamental es la inseguridad económica, y la deficiente previsión social en que vive la mayor parte del clero anciano; pero no es el único y a veces no es el más doloroso problema.

Al tratar de concretar cuál era el problema principal de los sacerdotes en Colombia y establecer una prioridad en las necesidades, enumeraron las siguientes:

a) *Por parte del mismo sacerdote anciano*: la incapacidad física y mental en la que a veces se encuentra y sus múltiples problemas de salud; la falta de preparación para aceptar su situación y de motivación para dejarse ayudar; la marginación del trabajo y de la convivencia social; y la profunda necesidad de ser escuchado.

b) *De parte de los otros sacerdotes*: se nota en general falta de conciencia e imprevención para atender a los hermanos de edad; se echa mucho de menos una fraternidad sacerdotal eficaz; se nota una gran necesidad de comunicación y compañía; carecemos de servicios de animación integral para los ancianos; se lamenta el vacío de organismos coordinadores y animadores del clero, a nivel diocesano y nacional.

Como base para el presente ensayo y a petición del autor, un grupo de estudiantes de 8º semestre de Psicología, de la Universidad de Santo Tomás (Bogotá) acaba de realizar un sondeo de opiniones, bajo la dirección de la Profesora de Psicología Gerontológica, Dra. Elisa Dulcey acerca de las *Necesidades y Expectativas del Sacerdote Anciano*.

—Personas entrevistadas 24, a saber: 23 sacerdotes en ejercicio de sus funciones; uno retirado por voluntad propia y casado.

—Edad de los sacerdotes: casi todos mayores de 60 años.

—Evadieron totalmente la entrevista: cuatro (4).

—Aceptaron la entrevista, pero evadieron el tema: seis (6), hablaron de sus funciones y responsabilidades; mencionaron algunos que no les faltaba nada.

—Específicamente dos (2) se pusieron de mal genio cuando se les mencionó el tema de su propia vejez y/o se les preguntó su edad.

Las respuestas o comentarios de los catorce (14) que colaboraron son las siguientes:

—Necesitan mayor colaboración de los fieles o feligreses, porque poco colaboran; dos (2) mencionaron eso como única necesidad. Un tercero

mencionó que algunos creen que los sacerdotes se gastan la plata para ellos mismos.

—Que les dejen dirigir la Iglesia de su pueblo, como hace 16 años; pero ahora se ha visto desplazado por uno más joven, cuyo trabajo abarca mucho, dejándole a él lo mínimo (actividades muy específicas), relacionarse con gente como orientador y guía, especialmente con la juventud; es algo que ya no puede hacer y eso lo hace sentirse mal porque se siente desplazado. Además, se siente enfermo, con mucho frío y no tiene calefacción.

—Un sacerdote de 50 años, al referirse a los ancianos (sacerdotes) dijo que los llevaban a casas especiales para viejos, porque su edad no les permitía ejercer su profesión y por lo regular se volvían “gruñones”.

—Sólo deseaba y necesitaba salud para seguir ejerciendo sus funciones. Dijo que lo peor que le podría pasar sería tener que ser cuidado por alguien, pues entonces se sentiría un estorbo.

—Comentó que ellos empezaban a ser reemplazados por otros sacerdotes más jóvenes y las tareas empezaban a reducirseles; cada vez menos para hacer: la misa; y entre más viejos, a veces ni eso, sino más bien de ayudantes. Comentó que a nivel económico no les faltaba nada, porque hasta los viajes se los pagaban.

—Existe poco sacerdote como para reemplazar, pero está muy contento en su trabajo. Lo visitan mucho y tiene muchas misas.

—Un padre que se encontraba en días de descanso, pues se sentía cansado, había realizado muchas obras como arreglar el cementerio, la capilla, etc. Se sentía también enfermo (con artritis) y solo, porque casi no lo visitaban familiares ni colegas y agregó: “también es porque mi genio es insoportable y está bien, porque nadie tiene por qué pagar lo que no ha hecho” (es decir aguantarlo).

—Todavía espera mucho de la vida y le resulta lo mejor el ser sacerdote.

—Deseaba sentir de nuevo la alegría de antes. Muchas veces hubiera querido conocer a personas jóvenes, cuando se sentía solo. Se puso de mal genio al preguntarle la edad (aproximadamente tiene 75 años). Afirmó que algunos sacerdotes jóvenes no lo tenían en cuenta. A veces le gustaría estar solo sin los sacerdotes compañeros.

—Capellán de un colegio de niñas: A veces su trabajo en el colegio le ha traído desilusiones, pero le satisface su labor sacerdotal. Se queja de que cada día se pone más viejo y dice: “Yo ya tan viejo: sólo Dios se acuerda de uno”.

—Se siente muy solo y lo que más añora es poder compartir con la gente y también tener los fondos necesarios para hacer obras de caridad.

—Lo que más falta a los sacerdotes viejos es asistencia médica, según este sacerdote de 58 años. Además, no cuentan con sueldo permanente y

lo que reciben es todo para la comunidad. Lo malo es que las personas creen que los curas se la pasan gastando la plata.

—Una necesidad muy sentida: ayuda económica, para no tener que luchar tanto para sacar adelante la Iglesia. Otra necesidad: retiro más temprano. Se siente cansado y le duelen mucho los ojos (72 años).

—A los 47 años renunció a ser sacerdote y se casó porque se sentía muy solo y no quería llegar a viejo así. Ahora tiene 65 años.

Tal vez no sea aventurado afirmar que esta problemática, verificada en Colombia, afecta en mayor o menor grado a todos nuestros sacerdotes ancianos de América Latina; así hemos podido constatarlo por las encuestas enviadas al Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM, procedentes de muchos países, como paso preparatorio para este Encuentro sobre *El Bienestar Humano y Seguridad Social del Clero en América Latina*. Estas respuestas complementan las opiniones de los sacerdotes colombianos y nos colocan en una perspectiva más latino-americana.

Las encuestas destacan la soledad de muchos sacerdotes, la deficiente solidaridad entre los mismos, la preocupación por la falta de una formación permanente, la ausencia casi total de atención psicológica sobre la cual no existe ni siquiera la conciencia de su necesidad. Se anota también la necesidad de fomentar el descanso, las sanas diversiones, la selección cuidadosa de Directores Espirituales y de Psicólogos preparados para atender al clero, la urgencia de buscar cómo ocupar el tiempo para que el sacerdote al retirarse no se sienta inútil ni arrinconado, la necesidad de promover la vida fraterna y la comunión presbiterial, la importancia de educarlo para una relación satisfactoria y madura con la mujer, especialmente con las religiosas. Los problemas del presbítero anciano podrían, pues, agruparse en dos grandes categorías:

a) En primer lugar los *problemas económicos* que abarcan todo el aspecto de Seguridad y Previsión Social del Clero y que exigen la búsqueda de agentes, estructuras, organizaciones, financiación de un servicio de Seguridad Social del Clero de América Latina a nivel regional, nacional y del Continente. Este tema se trata en otra ponencia de este Encuentro.

b) Una amplia gama de *problemas psicológicos y humanos* que trascienden lo puramente económico aunque pueden entremezclarse con ellos, y que están golpeando duramente a nuestros hermanos ancianos que han gastado su vida al servicio de la Iglesia en América Latina. Sobre este segundo aspecto nos concentraremos en el resto de esta exposición, conscientes por lo demás de que muchos de tales problemas no son exclusivos del presbítero, pero sí pueden adquirir en su caso tonalidades muy características. Aunque el sacerdote religioso comparte gran parte de esta problemática, nuestra atención se centrará especialmente en el sacerdote diocesano.

II. El Bienestar Humano Integral del Anciano

1. Satisfacción de las necesidades humanas fundamentales

Se puede afirmar sin temor a equivocarse que la felicidad y el sano ajuste psicológico de todo anciano dependen principalmente de que sus necesidades básicas sean adecuadamente satisfechas. Este principio vale lo mismo para el niño que para el joven; para el adulto que para el anciano; lo mismo para el sacerdote que para cualquier otra persona. Hay que tener en cuenta también que las necesidades fundamentales del ser humano son las mismas, aunque el modo de satisfacerlas varíe infinitamente de un individuo a otro y, en un mismo individuo, de acuerdo con las diferentes etapas de su evolución y los momentos de su existencia.

Ahora bien, ¿cuáles son las necesidades fundamentales del ser humano?

a) *Necesidades orgánicas:*

Para que el anciano viva satisfecho, hay que tener en cuenta ante todo sus necesidades orgánicas, o sea aquellas que directamente se relacionan con el mantenimiento de su vida y la salud corporal. Precisamente porque el organismo va decayendo, el anciano necesita especiales cuidados en lo que se refiere a la alimentación, al sueño, al reposo, al alivio de sus molestias y dolores.

Es ésto tan claro que no es necesario recalcarlo. Desafortunadamente son muchos los ancianos que echan de menos mejores oportunidades para llenar estas necesidades fisiológicas. Y en una sociedad como la nuestra, con amplias mayorías marginadas en toda América Latina, resulta que son muchísimos los ancianos que no encuentran una satisfacción adecuada de las más elementales necesidades del ser humano.

b) *Necesidades psicológicas:*

Subiendo un poco más en la escala de las necesidades humanas, nos encontramos con una serie compleja de necesidades psicológicas, tanto de tipo personal como de tipo social, que deben ser satisfechas adecuadamente para que el anciano pueda llevar una vida feliz y gozar de la salud mental.

La seguridad es la más básica entre las motivaciones psicológicas del ser humano. Seguridad significa la protección contra los peligros que amenazan a uno mismo o a otros con los cuales uno se siente unido; estos peligros no sólo son de orden físico, sino también amenazas psicológicas, como el temor a la soledad, al fracaso, al cambio, etc. Las personas que se sienten amenazadas, se comportan a su vez de manera amenazante o defensiva y no pueden sentirse a gusto en el trato con los demás, ni vivir felices.

Como persona humana, el anciano necesita tanto o más que el niño, amor y comprensión, seguridad y protección. A medida que el hombre

envejece va sintiéndose cada vez más solo, menos necesario para los demás, menos estimado por ellos. Cada día que pasa, el anciano se va alejando del mundo de los adultos y los jóvenes; se siente más ajeno a los intereses, a las preocupaciones, a las conversaciones de quienes lo rodean.

Es entonces cuando se hace más imperiosa la satisfacción de este grupo de necesidades sociales; la necesidad de participar en las experiencias y actividades de quienes le rodean y de comunicarse con ellos, la necesidad de pertenecer a una familia, o a un grupo de amigos, o a una asociación cultural, deportiva, religiosa, política o económica.

El anciano necesita imperiosamente que los demás le demuestren aprecio y reconozcan los pequeños o grandes logros de su vida. Especialmente importantes para la felicidad del anciano es que encuentre maneras apropiadas de mantener su auto-estima, la cual a su vez depende del aprecio y reconocimiento que recibe de las demás personas.

c) *Las necesidades superiores:*

Hasta ahora no hemos mencionado toda una gama de necesidades superiores que experimenta el ser humano y que con frecuencia se hacen más dinámicas a medida que el hombre avanza en edad y se aproxima a la vejez. Mencionemos la motivación hacia la sabiduría, las motivaciones estéticas, y finalmente las necesidades de tipo religioso, que adquieren una importancia capital en la vida del sacerdote, radicalmente orientada al amor a Dios y al servicio de los hermanos por amor a Dios.

d) *La Jerarquía de las Necesidades Humanas:*

Entre los psicólogos modernos se ha hecho clásica la "*Teoría de la Jerarquía de las Necesidades*" de Abraham Maslow.

Según este autor, las necesidades humanas se ordenan de acuerdo a una *Jerarquía* de prioridades. Cuando las necesidades más potentes y prioritarias se encuentran satisfechas, las siguientes en la jerarquía emergen y exigen satisfacción. Cuando éstas, que a su vez, se satisfacen, se da otro paso hacia arriba en la escala de los motivos. El orden jerárquico, comenzando por las más básicas es, para Maslow, el siguiente:

Primera: Necesidades fisiológicas tales como el hambre, la sed, el sueño.

Segunda: La seguridad.

Tercera: La necesidad de pertenencia.

Cuarta: La necesidad de sentirse estimado y efectivo ("logro").

Quinta: Finalmente, la de *auto-realización*, o sea la motivación hacia la ciencia, el arte, la belleza. En esta categoría podríamos incluir todas las motivaciones religiosas.

2. Problemática específica del anciano sacerdote

El sacerdote, como ser humano, participa de todas estas motivaciones humanas fundamentales y se siente frustrado cuando éstas no se satisfacen adecuadamente. Sobra insistir en ello. Pero, por su misma vocación, con frecuencia presenta una problemática característica, que es preciso tener en cuenta. Aplicando la teoría de Maslow al caso de los sacerdotes, vemos la importancia fundamental que adquiere la temática del presente Encuentro, en el cual se da especial importancia a la Seguridad Social del clero, que se relaciona especialmente con los dos primeros niveles. Para que un sacerdote, especialmente el enfermo y el anciano puedan vivir dignamente debe ante todo proveerse a sus necesidades más elementales como son la comida, la vivienda, la salud, la conservación de su vida.

Pero a un anciano no le basta con la satisfacción de estas necesidades elementales. Cuando ellas estén básicamente satisfechas, debemos proveer también a las que ocupan otros lugares más elevados en la jerarquía y que Maslow resume con los nombres de pertenencia, estimación, efectividad, auto-realización.

Hagamos algunas aplicaciones a la vida de los presbíteros, como simples ejemplos, entre muchos posibles:

—La vocación al sacerdocio lo llama a imitar a Cristo *pobre* y a trabajar *sin avaricia* por los bienes materiales.

Al ver que la vejez se aproxima, fácilmente se acrecientan en el presbítero los sentimientos de inseguridad y de riesgo, que pueden hacerle sucumbir a la tentación de avaricia y apego al dinero, si no existen los medios institucionales que provean a su honesta sustentación y le protejan de los riesgos que conllevan la ancianidad, la jubilación, la invalidez.

—Por su *celibato* ha tratado de imitar a Cristo virgen y ha renunciado a formar una familia propia. Pero continúa siendo un ser humano, dotado de una capacidad profunda de amar y de sentirse amado. Con frecuencia el sacerdote de edad, especialmente el diocesano, se siente profundamente solo y marginado. Estos sentimientos, si no logran manejarse adecuadamente, pueden sumergir al sacerdote en una profunda tristeza y amargura, o conducirlo gradualmente a lo que podríamos llamar "*La Psicología del Solterón*"³.

En hombres de edad madura, que han sido fieles a su voto de castidad y que en otros aspectos pueden considerarse como buenos sacerdotes, uno de los peligros más frecuentes de la castidad o el celibato es volverse egoístas.

A este fenómeno le podríamos llamar, en forma gráfica, la psicología del solterón.

³ Jiménez A., S.J. "Personalidad Madura y Castidad Religiosa", *Theologica Xaveriana*, Bogotá, 1978.

Sin una esposa, ni unos hijos propios por los cuales cuidar, la personalidad del sacerdote que ha llegado a la madurez cronológica, puede desembocar en lo que Erikson llamaría *esterilidad* o paralización. La esterilidad, en la concepción evolutiva de Erikson se opone a la *generatividad* de la persona psicológicamente madura.

Todos conocemos muchos casos de hombres y mujeres de edad que se vuelven exigentes, egoístas, amigos de sus comodidades y del buen pasar, "chochos", apegados a personas, oficios y lugares; temerosos de una entrega generosa y sacrificada a los demás. Estos rasgos pueden acentuarse con el paso de los años, pero no es raro que las primeras manifestaciones se presenten en una edad relativamente temprana.

—Por su vocación apostólica, por su cultura y por sus funciones apostólicas, el sacerdote ha sido casi siempre una persona de alto prestigio y status dentro de la comunidad. Con frecuencia, ha sido un verdadero líder, no sólo en el campo estrictamente espiritual, sino que se ha desempeñado como elemento clave de progreso material y de cambio social en una parroquia o en diversas asociaciones de gran influjo en la sociedad ⁴. En esta forma, su *motivación de logro* ha mantenido múltiples oportunidades de satisfacerse de manera sana y constructiva, en su trabajo apostólico. Al producirse la jubilación oficial, o al decaer con la edad su vigor físico e intelectual y su participación decisoria, el sacerdote tiene que dar un salto abrupto o un gradual descenso de la autonomía a la dependencia, del rol central de liderazgo al arrinconamiento del marginado, del ejercicio del poder a la aceptación de la voluntad ajena.

—Los rápidos y profundos *cambios de la sociedad* industrializada suelen golpear más duramente a las personas de edad que a los mismos jóvenes. Los sacerdotes que hoy atraviesan por su ancianidad han vivido una época de profundos cambios culturales, que difícilmente encuentran parangón en los siglos pasados y que removieron hondamente a la Iglesia y al presbítero, hasta cuestionar la identidad misma del sacerdocio ministerial. Estos cambios producen o aumentan la *inseguridad* del sacerdote ante situaciones desconocidas y frente a las nuevas cohortes de sacerdotes jóvenes que van desplazando a los de más edad. Piénsese en los posibles sentimientos dolorosos del sacerdote anciano motivados por su desactualización teológica, espiritual, litúrgica y pastoral y por las profundas innovaciones disciplinarias de la Iglesia, especialmente a partir del Vaticano II.

Sobra decir que muchos de los problemas anteriores, se agudizan en un Continente subdesarrollado y pobre como es nuestra América Latina.

3. Recursos especiales con que cuenta el sacerdote

⁴ Jiménez, G., S.J. *The role of rural priest as an agent of social change in rural Colombia*. Unpublished doctoral dissertation, University of Wisconsin, Madison, 1966.

Además de la casi ilimitada capacidad de todo ser humano para mantener o acrecentar su "nivel de tolerancia ante la frustración" y de la innata y poderosa tendencia hacia su propia autorealización (tan destacada por los psicólogos humanistas como Allport, Maslow, Rogers, etc.), el sacerdote posee, por fortuna, también algunos recursos específicos que pueden ayudarle a lograr un sano ajuste psicológico durante la tercera edad.

Mencionemos algunos de estos recursos especiales:

—En nuestra cultura latinoamericana, fundamentalmente cristiana, todavía muchos sacerdotes ancianos pueden disfrutar de una especial acogida, y de la paciente y cariñosa veneración por parte de muchos fieles, que reconocen en él al "Padre" y lo respetan como ministro del Señor.

Cuando un anciano disfruta de tal ambiente, sus sentimientos de inseguridad y soledad se alivian y su sentido de pertenencia se fortifica.

—Si durante toda su vida, ha sabido prepararse en la escuela del trabajo y de la austeridad, de la disciplina y el sacrificio, está más capacitado para afrontar muchas inevitables limitaciones y frustraciones de la ancianidad.

—Por encima de todo, cuando ha llevado una profunda vida de fe auténtica, alimentada por la oración personal, por la vida sacramental, por el amor personal a Cristo y la confianza filial en María, cuenta en su haber con inmensos recursos sobrenaturales y psicológicos para afrontar satisfactoriamente su situación presente.

Tendremos entonces el caso de la persona que ha adquirido el "sentido de integridad", que se basa según Erikson, en una filosofía unificadora de la vida.

Es verdad que la vejez tiene características "dolorosas de aceptar, sobre todo cuando se viven en soledad". Pero el auténtico sacerdote encuentra en la religión, ayudas muy valiosas y eficaces para superarlas con paciencia y aún con alegría:

"Estas características entristecedoras pueden ser transformadas por convicciones filosóficas y, sobre todo, por la certeza de la fe para aquellos que tienen la dicha de creer. Para éstos, en efecto, la última etapa de la vida terrestre puede vivirse como un misterioso acompañamiento de Cristo Redentor, recorriendo su doloroso camino de la cruz antes del alba radiante de la Pascua"⁵.

Bellamente insistió Juan Pablo II en los aspectos consoladores de la vejez. Lo que el Papa dijo ante la Asamblea de la ONU, acerca de los ancianos en general, adquiere su máxima vigencia en los sacerdotes que logran aceptar su ancianidad como "tiempo de la verdadera cosecha" y tal vez el tiempo de la última siembra:

⁵ Juan Pabo II, loc. cit.

“Es el tiempo en que hombres y mujeres pueden cosechar la experiencia de toda su vida, hacer un discernimiento entre lo accesorio y lo esencial y alcanzar un nivel de gran sabiduría y de profunda serenidad. Es la época en la que disponen de más tiempo, de todo su tiempo, para disfrutar del entorno familiar habitual u ocasional, con un desinterés, una paciencia y una sobria alegría, de la que tantos ancianos dan admirable ejemplo. Para los creyentes es también una oportunidad feliz para meditar sobre la grandeza de la fe y para orar más”⁶.

III. La Ayuda Psicológica al Sacerdote Anciano

¿Cómo podemos “señalar caminos para el bienestar humano del clero” de acuerdo con el objetivo trazado para este Encuentro?

Juan Pablo II señala dos condiciones inseparables, para asegurar la fecundidad de los valores de la ancianidad:

“La primera exige de las mismas personas ancianas que acepten totalmente su edad y aprecien todas sus posibles riquezas. La segunda condición se refiere a la sociedad de hoy. Necesita ser capaz de reconocer los valores morales, afectivos y religiosos que moran en el espíritu y en el corazón de los ancianos”⁷.

Formulemos entonces dos preguntas e intentemos proponer algunas respuestas:

Primera: ¿Cómo debe prepararse cada uno de los sacerdotes ancianos?

Segundo: ¿Cómo podemos ayudar a nuestros sacerdotes ancianos?

1. *Aportes de la psicología a la preparación del sacerdote para la tercera edad.*

La ancianidad es un hecho ineludible. Con cierta gracia, alguien lo expresaba diciendo que “la vejez nos llegará a todos, so pena de la vida”. Es una verdad incontrovertible, aunque nos cueste mucho aceptarla y con frecuencia prefiramos no pensar en este tópico desagradable, que nos produce angustia. Todos y cada uno debemos prepararnos para afrontar la situación cuando llegue. ¿Cómo lograrlo?

Al llegar a la tercera edad el sacerdote debería ser un hombre psicológicamente maduro y bien ajustado, si quiere vivir feliz.

Como criterios para juzgar la madurez humana de un sacerdote anciano y tal vez como *metas ideales* a las que todos debemos tender, si queremos prepararnos a nuestra propia ancianidad, propongo cuatro in-

⁶ Ibid.

⁷ Ibid.

vestigaciones psicológicas que son las de Clark, Neugarten, la de Erikson y Peck, y finalmente una "tipología" de los ancianos propuesta por Reichard y otros autores. Ellas pueden servir no sólo como marco de referencia para juzgar de la madurez psicológica de un sacerdote en la tercera edad, sino también para prestarle una ayuda más acertada y eficaz.

a) *El anciano bien adaptado:*

El anciano bien ajustado se caracteriza por estos rasgos, de acuerdo con las investigaciones de Margaret Clark en San Francisco, en entrevistas a personas mayores de 60 años (1968)⁸:

- 1) Independencia
- 2) Aceptabilidad social
- 3) Recursos personales adecuados
- 4) Habilidad para hacer frente a las pérdidas o amenazas externas
- 5) Metas significativas para el futuro y sentido de la vida
- 6) Capacidad para manejar los cambios que uno mismo experimenta.

A la luz de estos criterios, se podría juzgar la buena o mala adaptación psicológica de los sacerdotes ancianos.

b) *El "Índice de satisfacción en la vida" de Neugarten:*

Otra manera de apreciar el ajuste psicológico de un anciano, es el conocido "Índice de satisfacción en la vida" propuesto por la eminente gerontóloga de la Universidad de Chicago, Berenice Neugarten.

Estos criterios pueden emplearse para juzgar en qué grado un sacerdote anciano se aproxima o no a una vida satisfactoria, desde el punto de vista de la psicología.

Según Neugarten, la medida de satisfacción con la vida proviene de la suma de los puntajes en cinco componentes diversos. Una persona que se considera aventajada en bienestar psicológico se caracteriza así:

1. Saca gusto de todas las actividades que constituyen la vida de cada día.
2. Ve sentido en su vida y acepta resueltamente lo que ella ha sido.
3. Siente que ha logrado obtener sus metas más importantes.
4. Tiene una imagen positiva de sí misma.
5. Mantiene con los demás relaciones felices y optimistas, y conserva el sentido del humor⁹.

⁸ Clark, M., "The anthropology of aging: A new area for studies of culture and personality", in B. Neugarten

(Ed.) *Middle Age and Aging*. Chicago: University of Chicago Press, 1968, 433-443.

⁹ Neugarten, B., *ibid.* p. 174.

c) *La Teoría epigenética del desarrollo humano de Erik Erikson:*

El bienestar psicológico en la tercera edad no es un fruto silvestre que brota espontáneamente en el desierto de una vida árida y desadaptada. Es un fruto que nace, crece y madura a lo largo de toda la vida y se cosecha en la tercera edad. Para que un sacerdote disfrute de una personalidad psicológicamente madura, tiene que haber solucionado con éxito las ocho "crisis" que menciona Erik Erikson en su famosa "Teoría Epigenética del Crecimiento Humano"¹⁰.

La teoría evolutiva de Erik Erikson es una de las pocas que abarcan la edad adulta y la vejez. Erikson formuló ocho etapas de desarrollo del Yo. Desde la infancia hasta la ancianidad, la persona atraviesa una serie de crisis, cuya adecuada solución, es la base de un sano desarrollo ulterior.

Así el niño adquiere un sentido de *confianza básica*; un sentido creciente de *autonomía*, de *iniciativa* y de *industriosidad*. El sentido de la propia *identidad* es la tarea fundamental del adolescente. El joven adulto debe llegar a ser capaz de *intimidad*. Hacia la mitad de la vida del hombre conquista la "*generatividad*", no sólo en sentido biológico, sino en cuanto se hace capaz de cuidar de las generaciones más jóvenes.

Sólo el hombre que se ha adaptado a los triunfos y fracasos de la vida, puede cosechar, al llegar a la madurez o a la ancianidad, este fruto maduro que Erikson llama "*el sentido de integridad*": es la convicción de que la vida vale la pena de ser vivida, de que ha tenido y tiene sentido, de que ha sido satisfactoria para sí mismo y útil a los demás. La integridad es una experiencia que pone orden y da un sentido espiritual al mundo. Es la aceptación de uno mismo y de la propia vida como algo insustituible. La integridad es lo contrario a la "*desesperación*", que se manifiesta por el temor a la muerte, por el sentimiento de que el tiempo es ya demasiado corto para comenzar de nuevo e intentar llegar por caminos distintos a realizarse en la vida.

Los aportes de Robert Peck

Peck (5) intentó profundizar y explicar esta última etapa de Erikson. Para lograr el *Sentido de Integridad*, el hombre maduro y el anciano deben alcanzar tres metas:

Primera: La "*diferenciación del Ego*", que se opone a la "*preocupación por el rol*" del trabajo. Esto quiere decir que cuando una persona se jubila o deja su trabajo (como es el caso de casi todos los sacerdotes ancianos en edad más o menos avanzada), debe sentirse digno y valioso, ya no por el trabajo que realizaba, sino por su valor intrínseco como persona y por otros roles y actividades que ahora desempeña. Para que

¹⁰ Erikson, Erik H., *Childhood and Society*, New York: W.W. Norton & Co. Inc., 1959.

un anciano viva satisfecho tiene que encontrar ese sentimiento de valor personal en actividades distintas a las del oficio del cual ha tenido que retirarse. Por eso es tan importante para todo sacerdote ampliar la gama de sus intereses y de sus actividades, de tal modo que al acercarse a la vejez, encuentre gusto en sus "hobbies" y ocupaciones y de este modo mantenga el sentido de su propio valer. El sacerdote debe sentirse valioso por lo que *ES*, antes que por lo que puede *HACER*.

Una segunda meta importante para el anciano es llegar a la "*Trascendencia del cuerpo*". La vejez trae un declinar de las fuerzas físicas y del poder de recuperación, al mismo tiempo que un aumento de penas y dolores. Para muchas personas esta falta de bienestar físico puede resultar sumamente penosa: son las víctimas de la "excesiva preocupación por el cuerpo". Pero hay personas, que a pesar de los sufrimientos físicos saben disfrutar de la vida; hay ancianos que han aprendido a encontrar gusto en las relaciones humanas, o en actividades creadoras, compatibles con estados bastante precarios de salud física; estos últimos han conseguido la "*Trascendencia del Cuerpo*".

En tercer lugar, está la "*Trascendencia del Ego*", que se opone a la "*Preocupación por el YO*". Un hecho crucial en la vejez es la perspectiva cierta de la muerte, cada día más inminente. Una manera constructiva de vivir los últimos años es vivíroslos de manera generosa y desinteresada, de tal modo que la perspectiva de la muerte personal sea menos importante que la seguridad de que uno es útil a los demás. En esto consiste el *trascender el propio yo*. La preocupación, por los amigos, por alguna obra religiosa o cultural, en fin por algo distinto de uno mismo, son una ayuda invaluable para vivir con alegría y optimismo.

Las ideas de Erikson y Peck adquieren una nueva dimensión, para el sacerdote, si se consideran a la luz de la Filosofía y de la Teología Cristianas. La religión es capaz de dar sentido a toda la vida, aun a la vida que se extingue en el anciano moribundo. Así por ejemplo, la fé en Dios "Padre" providente y en Cristo "el mayor entre los hermanos". El dolor compartido con Cristo adquiere un significado profundo y un valor de eternidad. La "*generatividad*" o capacidad de cuidar a los demás, se puede transformar en *caridad cristiana* o en apostolado; la entrega a los demás no es sino una manera, la más completa, de mostrar el auténtico amor a Cristo. La oración, los sacramentos, la liturgia, no solamente tienen un valor psicológico poderosísimo, sino que, a la luz de la fé, son los canales de la gracia, que ponen al anciano en comunicación con Dios para hacerle partícipe de su gracia, de su felicidad y de su fortaleza.

Sin una fé en un más allá y en un Ser Trascendente, es muy difícil para el anciano afrontar la más grande de las crisis humanas: *La propia muerte*. Con la certeza de que más allá de la muerte comienza la vida inmortal y de que no quedará sin recompensa ni siquiera el vaso de agua

dado a un pobre por amor a Cristo, la vida y la muerte del anciano pueden adquirir un sentido nuevo de esperanza y de luz, un "*Sentido de Integridad Cristiano*".

d) *Tipos de ancianos: adaptados y desadaptados:*

Se ha intentado estudiar la personalidad del anciano basándose en unos *tipos ideales* que han sido verificados empíricamente por la concurrencia de cierto número de rasgos en un determinado individuo.

Uno de los esfuerzos en este sentido, es el de Reichard, Livson, & Peterson¹¹. Estos autores, describen cinco síndromes, o conjuntos de rasgos, los cuales varían según el grado de ajuste psicológico.

Tal vez dentro de esta "tipología" podamos comprender mejor al sacerdote anciano, desde el punto de vista de su adaptación psicológica a la vejez.

Entre los bien adaptados, la mayor parte constituyen el grupo que podríamos llamar "*maduro*". Son ellos el tipo de persona idealmente adaptada, que se acepta a sí misma y acepta su pasado y que afronta el presente con entusiasmo y actividad. Son los ancianos que se hallan a gusto con su edad. Relativamente libres de conflictos neuróticos; capaces de aceptarse a sí mismos con una actitud realista; encuentran genuina satisfacción en sus actividades y relaciones personales. Sienten que su vida ha sido satisfactoria; se muestran capaces de envejecer, sin añoranza por el pasado ni lamentaciones por el presente. Toman la ancianidad como algo natural y tratan de disfrutar de ella.

El segundo grupo es el de "*los pasivos*": se aceptan a sí mismos y su situación presente, pero dentro de una actividad pasiva. Gozan al sentirse libres de responsabilidades; las ventajas de la ancianidad les parecen una satisfactoria compensación que la ancianidad trae consigo. Sin embargo su adaptación es satisfactoria.

El tercer grupo, todavía más o menos adaptados, es el de los "*defensivos*". Estas personas están dotadas de un sistema de defensas psicológicas bien organizadas para protegerse contra la angustia y el temor a envejecer. Se defienden del temor contra el declinar físico, refugiándose en la actividad. Su rígido control sugiere una potencial vulnerabilidad, pero mantiene su auto-control.

Entre los que no han logrado un ajuste psicológico satisfactorio, el grupo más grande es el de los "*agresivos*". Sienten amargura por no haber alcanzado sus metas, inculcando a los demás por sus fracasos. No logran resignarse con la vejez.

Finalmente está el grupo de los hombres "*auto-punitivos*". Son ancianos que consideran su vida como un fracaso; pero en vez de culpar a los

¹¹ Reichard, S. et al., *Aging and Personality*, New York: John Wiley and Sons, 1962.

demás, tornan su agresividad contra sí mismos. Tienden a sentirse deprimidos ante la inminencia de la vejez, y agobiados por sentimientos de indignidad e inseguridad personal. Son los peor adaptados y posiblemente los que más sufren.

Esta interesante tipología, deducida empíricamente de las observaciones de muchos hombres ancianos, podría ayudarnos a comprender mejor las actitudes y reacciones de los sacerdotes de la tercera edad y a prestarles una ayuda más acertada y eficaz en la solución de sus problemas psicológicos.

2. *Nuestra ayuda al sacerdote anciano.*

Todas las personas que de algún modo influyen sobre el sacerdote anciano son importantes: pero especialmente recalcamos el decisivo papel que juegan los más allegados a él, como son sus familiares, sus amigos y sus hermanos en el sacerdocio: obispo, presbíteros, diáconos y los fieles que con él conviven.

En el Seminario de Bogotá, organizado por el DEVYM sobre *La Pastoral Sacerdotal de la Tercera Edad* (1984), la experta en gerontología, Dra. Elisa Dulcey recalcó un principio iluminador que debe quedar muy claro para orientar la labor de ayuda. Podría enunciarse así:

En la ayuda al anciano debe evitarse una actitud excesivamente paternalista, que suele ser nociva. No se trata tanto de "ayudar al anciano", sino de "ayudarle a que él aprenda a ayudarse a sí mismo".

Si aplicamos este principio, lograremos que el anciano conserve su auto-estima, se esfuerce por ejercitar sus habilidades físicas y psicológicas, se sienta realizado, mantenga vivo el sentido del esfuerzo y la sana actitud ante la vida.

Iluminados por este principio, recordemos tres medios prácticos para ayudar a los ancianos, mencionados por el Papa ante la Asamblea de la ONU¹², y que nosotros sacerdotes podemos aplicar en el cuidado de nuestros hermanos ancianos:

a) *La formación permanente*, practicada en algunos países genera en aquellos y aquellas que se benefician de ella no sólo un enriquecimiento personal, sino también capacidades de adaptación y participación en la vida cotidiana de la sociedad. Efectivamente, los ancianos poseen reservas de saber y de experiencia que, sostenidas y completadas por un proceso bien adaptado de formación permanente, podrían invertirse en sectores que van desde la educación hasta humildes servicios socio-caritativos.

b) *Diversificación de actividades*: Con razón se ha insistido sobre

¹² Juan Pablo II, loc. cit.

la importancia de "*Una segunda ocupación en la vida*", la cual "nace de una motivación diferente, más social, y busca un fin; se fija una misión que lleva al individuo a organizarse, a ser fiel, a mantener una prioridad frente a los placeres egoístas. Todo ésto se hará *por amor* a los hombres y no por deber, porque ya no se trata de actividad profesional: es un modo de estar en el mundo y no de evadirse de él"¹³.

El sacerdote en realidad nunca se "jubila", ni se "retira" de su sacerdocio, aunque sí pueda jubilarse o retirarse de su ocupación, por motivos de edad o de salud, o por disposiciones jurídicas.

Cuando el sacerdote tiene que dejar el trabajo que ha venido realizando es importante que todavía encuentre un segundo trabajo en que se sienta útil a la Iglesia y que le ayude a conservar el sentido de su propio valer. En realidad hay muchos trabajos, que puede realizar un sacerdote anciano, a veces con inmenso fruto apostólico. Piénsese, v.gr. en las visitas a enfermos, el trabajo en los hospitales, el confesionario y la consejería espiritual, la atención a las religiosas, las comuniones a los enfermos, la preparación de los niños para la primera comunión, el apostolado de la pluma y muchos más. Afortunadamente, trabajo pastoral es lo que sobra en América Latina, a diferencia de otros Continentes en donde el sacerdote se ve forzado a jubilarse prematuramente. Además de un trabajo propiamente dicho, acomodado a la edad, los "*hobbies*" o aficiones personales adquieren en la tercera edad una importancia especial para mantener agradablemente ocupado el tiempo y darle interés a la vida. Con mucho acierto dijo alguien que "unas vacaciones perpetuas son la mejor definición operacional del infierno". Si el sacerdote, al jubilarse, no tiene nada qué hacer, el tiempo se le hará un suplicio interminable y servirá de caldo de cultivo para los pensamientos y fantasías depresivas, hipocondríacas, auto-punitivas o agresivas.

c) *Asociaciones de sacerdotes ancianos que fomenten la fraternidad y el amor mutuo.* Este tipo de asociaciones "ha sacado del aislamiento y de la penosa impresión de ser ya inútiles a quienes han llegado a la edad de la jubilación y de la vejez" (Juan Pablo II, p. 6). La creatividad de los ancianos y de quienes quieran ayudarlos encontrará aquí un amplio campo de acción para idear y organizar diversos tipos de asociaciones, acomodadas a las circunstancias de personas y países, como son los grupos de oración, de esparcimiento, de "formación permanente" y de actualización (de la cual nunca debe excluirse las personas de edad).

d) Además de los medios sugeridos por Juan Pablo II, nos permitimos recordar el plan trienal elaborado en el *Seminario sobre la Pastoral*

¹³ Tournier, P., *Aprendiendo a envejecer*. Buenos Aires, La Aurora, 1978.

Sacerdotal de la Tercera Edad. (Bogotá, mayo de 1984). Este plan puede servirnos de punto de partida para llegar a proyectos más concretos y adaptados a las circunstancias de cada país o diócesis.

Los expertos de Bogotá se propusieron como metas para lograr en el trienio 1984-1987, las siguientes:

—Mayor motivación de los sacerdotes ancianos para ayudarles y para que ellos se dejen ayudar.

—Fomentar la fraternidad entre los sacerdotes, por medio de encuentros, celebraciones, comunicación de bienes, boletín abierto a todos los sacerdotes.

—Propiciar instituciones de vida comunitaria sacerdotal con personas de diversas edades, para aliviar los sentimientos de soledad y marginación.

—Favorecer la apertura de casas para atención integral del sacerdote.

—Compactar más los presbíteros mediante la creación de comunidades de trabajo pastoral.

—Lograr que todos los sacerdotes ancianos estén *trabajando* en algo según sus posibilidades, para fomentar su auto-estima y participación.

—Ampliar la gama de intereses de los sacerdotes.

—Lograr que se mantengan actualizados en teología, liturgia, ciencias humanas y profanas, fomentando la motivación por la lectura y el estudio desde el seminario.

—Promover bibliotecas diocesanas y suscripciones a revistas.

—Lograr que cada sacerdote ejercite algunos "hobbies".

—Finalmente estructurar en cada Diócesis algún *Programa de Formación Permanente* y de *Educación para la Tercera Edad*, que no sólo imparta conocimientos, sino que forme actitudes sanas hacia la vejez en todos los sacerdotes, ya desde los tiempos del seminario.